

Carlos Martel falleció en 22 de octubre de 741 en Quierzy-sur-Oise, siendo enterrado en la basílica de Saint-Denis. Según palabras de su principal historiador, «había conquistado todos los Estados vecinos y reinado en los dos reinos (Austrasia y Neustria) durante veintiséis años.» Su obra fué, en efecto, importantísima, puesto que trabajó en la reconstitución del *regnum Francorum*, la potencia más fuerte de cuantas surgieron de las ruinas del antiguo Imperio, y el primero de los Estados de la sociedad nueva, y contribuyó con la fuerza de sus armas y con la ayuda dispensada á los misioneros, á hacer ingresar á Alemania en la comunidad occidental y cristiana. Poco á poco se iba así dibujando la Europa futura, la Europa cristiana, y esta Europa defendióla victoriosamente Carlos contra el islamismo. Por otra parte, con él se iniciaron las relaciones de los francos con el papado que tan grandes consecuencias habían de tener más adelante. Carlos Martel no comprendió toda la importancia de la obra en que trabajó con tanta energía; el porvenir será el que dará toda su significación á los acontecimientos durante su reinado acaecidos. Poco sabemos acerca de su personalidad; seguramente fué un hombre fuerte, un conquistador vigoroso, un valiente; los analistas señalan como excepciones los años de su vida que transcurrieron sin alguna expedición militar, y todas las menciones que hacen de sus guerras terminan con una fórmula triunfal, que respira una especie de entusiasmo por la lucha y por la victoria constante.

El rey Thierry vivió hasta 737, sin apartarse del lado de Carlos, quien, al morir aquel merovingio, no se atrevió á ceñir la corona; pero tampoco se la dió á otro, pensando sin duda que los francos se acostumbrarían poco á poco á olvidar su antigua dinastía.

III.—Reorganización y reforma de la Iglesia (1)

De su esposa Crotruda había tenido Carlos Martel dos hijos, Carlomán y Pipino, y de una concubina, Swanahilda, que se trajo de una expedición á Baviera, un bastardo, llamado Grippón. En 741, algunos meses antes de su muerte, había dividido sus Estados entre sus hijos legítimos, de acuerdo con los magnates, dando á Carlomán, el primogénito, la Austrasia, la Alania y la Thuringia, y á Pipino la Borgoña, la Neustria y la Provenza. Mas habiendo protestado Swanahilda contra la exclusión de su hijo, constituyóse una tercera porción con fragmentos de la Neustria, de la Austrasia y de la Borgoña.

Inmediatamente después de la muerte de Carlos Martel, estalló una contienda entre Grippón y sus hermanos, y al mismo tiempo prodújose una rebelión en los ducados sometidos á los francos: Teutbaldo regresa á Alania, Hunaldo se insubordina en Aquitania, y Odilón de Baviera, tío de Swanahilda, se casa con Hil-

(1) La misma bibliografía que para el párrafo II, y además: FUENTES: Boretius, *Capitularia regum Francorum*, págs. 24-41, actas de los concilios celebrados en los Estados de Carlomagno y de Pepino.

OBRAS DE CONSULTA: Hauck, *Kirchengeschichte Deutschlands*, tomo II, segunda edición, 1900. Hefelé, *Histoire des Conciles d'après les documents originaux*, traducción Delarc, tomo IV. Dunzelmann, *Über die ersten unter Karimann und Pippin gefallenen Concilien*, 1869.

truda hermana de los príncipes francos, á pesar de la oposición de éstos. El reino franco hállase, pues, una vez más en peligro.

Carlomán y Pipino empiezan por dirigirse contra Grippón, á quien hacen prisionero y encarcelan en Neufchateau, en la Ardena. Swanahilda es, á su vez, encerrada en el monasterio de Chelles. Hecho esto, los dos príncipes se dedican á «restablecer el orden en el Estado y á recobrar las provincias que, después de la muerte de su padre, se separaron de la sociedad de los francos:» en 742 penetran en Aquitania, incendian los alrededores de Bourges y destruyen el castillo de Loches (2); y en el otoño del mismo año hacen la campaña del Danubio, devastan y someten á la Alania y derrotan á Odilón de Baviera en las márgenes del Lech. Entonces el ejército franco se divide, operando Pipino en Alania y Carlomán en Sajonia. Odilón se somete en 744; pero como Haunaldo durante estas guerras había pasado el Loira é incendiado Chartres y la iglesia episcopal dedicada á la Virgen, Pipino y Carlomán, después de haber vencido á los germanos, se dirigen contra aquel duque de Aquitania que, incapaz de resistir, se retira á un monasterio de la isla de Re, sucediéndole su hijo Waifre (745).

Los dos hermanos protegen las misiones siguiendo el ejemplo de su padre y aun se alían más estrechamente que éste con la Iglesia, cuya reforma constituye uno de los principales actos de su gobierno (3).

A mediados del siglo VIII reina el mayor desorden en el clero franco. Multitud de obispos y abades que han comprado su dignidad ó la han recibido como donación de los príncipes, son señores de costumbres rudas que pasan la vida dedicados á la caza ó al ejército, y aumentan sus dominios por medio de la fuerza haciendo la guerra á los conventos y saqueándolos. En los monasterios, los monjes se rebelan contra los abades que quieren hacer cumplir la regla; y los concilios, tan frecuentes durante el siglo VI, se reúnen cada vez más de tarde en tarde. En 742, Bonifacio escribe al papa Zacarías que, según testimonio de los ancianos, hace más de ochenta años que los francos no celebran concilios; hay, sin embargo, en esta afirmación un error de algunos años, pues el último concilio se reunió, al parecer, en Auxerre en 695 convocado, por el obispo Trico.

El desorden de la Iglesia había aumentado en tiempo de Carlos Martel, quien para atraerse ó conservar partidarios fieles pagaba sin escrúpulo alguno sus servicios con bienes eclesiásticos: su sobrino Hugo recibe los tres obispados de París, Ruán y Bayeux y las tres abadías de Saint-Wandrille, Fleury-en-Vexin y Jumieges; Milón, uno de sus más leales compañeros de guerra, es obispo de Tréveris y de Reims y gasta tan prodigamente sus rentas, que nada deja á sus clérigos, los cuales se ven obligados á dedicarse al comercio para vivir; Geroldo, obispo de Worms, muere combatiendo á los sajones y su hijo hereda el obispado. El monasterio de Saint-Wandrille tiene sucesivamente cinco abades y todos le roban: uno de ellos, Teutsindo, que es

(2) Precedió á esta campaña un nuevo reparto del reino, que se hizo en Vieux-Poitiers y cuyo texto es desconocido.

(3) Respecto del estado de la Iglesia merovingia, véase anteriormente, págs. 330 y siguientes.

á la vez abad de Saint-Martin-de-Tours, disipa en cuatro años la tercera parte de los bienes del convento; otro, Widdón, también abad de Saint-Wast, es un cazador apasionado que nunca viste el traje eclesiástico y que acaba por sublevarse durante una enfermedad de Carlos, siendo hecho prisionero y ejecutado y reemplazado por Raganfredo, obispo de Ruán, que no sabe leer. Las iglesias se ven invadidas por laicos, que ni siquiera se toman el trabajo de recibir las órdenes, y Lyon, Vienne, Metz, Verdún y el Mans están sin obispos durante muchos años.

Bonifacio, espantado por estos escándalos, escribe al papa: «En la mayor parte de las ciudades el episcopado está en manos de laicos ávidos de los bienes de la Iglesia ó de clérigos adúlteros, licenciosos y usureros,» y después de la muerte de Carlos Martel se dirige al primogénito de éste, Carlomán, pidiéndole que le ayude á reformar la Iglesia.

Carlomán, que era un príncipe muy piadoso, responde al llamamiento de Bonifacio y en 21 de abril de 742 reúne, no se sabe dónde, un primer concilio, compuesto de los obispos de sus Estados, «para buscar los mejores medios de restablecer la ley de Dios y la religión de la Iglesia, destruidas en tiempo de los antiguos príncipes:» Bonifacio asiste al concilio como «enviado de San Pedro.» El 2 de marzo de 744, Pipino

744 celebra una asamblea análoga en Soissons, y en el mismo año Carlomán convoca otra y el papa Zacarías escribe que es preciso restablecer la regla no sólo en Baviera, sino además en toda la provincia de las Galias. En marzo de 745, se reúne probablemente en Leptines (les Estinnes, provincia de Hainaut) un concilio general de la monarquía franca.

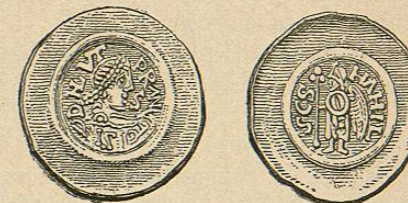
Los principales artículos de la reforma son: periodicidad de los concilios: cada año se reunirá uno para velar por el cumplimiento de los cánones y de los derechos de la Iglesia; restablecimiento de la jerarquía: habrá uno ó varios arzobispos instituidos en cada Estado, toda ciudad tendrá su obispo, y todo sacerdote estará sometido al prelado y le dará cuenta de sus actos dos veces al año; restablecimiento de las costumbres: los monjes seguirán la regla de San Benito, los servidores de Dios no podrán llevar armas, ni combatir, ni ir á la guerra, ni cazar, ni recorrer los bosques con perros, ni adiestrar gavilanes ni halcones, ni llevar el traje de los laicos, ni tener en su casa mujer alguna; además se castigan severamente la fornicación y el adulterio; medidas para salvaguardar las propiedades de la Iglesia: ésta recobrará los bienes que le han sido arrebatados y en lo sucesivo el guerrero los tendrá de ella á título de precario ó de beneficio y le pagará un censo (1).

Cuando la reforma habrá dado sus frutos, al episco-

(1) El concilio de Ver, de 11 de julio de 755, concreta y confirma estas decisiones. Habrá dos concilios cada año: uno se reunirá el 1.º de marzo por orden del rey en un lugar designado por él y en su presencia; el otro, compuesto solamente de eclesiásticos, se reunirá el 1.º de octubre en Soissons ó en otra ciudad que habrá sido escogida en el mes de marzo. Lo que da á este concilio una importancia particular es que consagra la sumisión del clero secular y regular á la autoridad episcopal. Los presbíteros están «bajo el poder» del obispo de su ciudad y no pueden bautizar ni celebrar la misa sin su permiso, ni substraerse á su convocación. El obispo tiene también poder para reformar los monasterios de hombres y de mujeres.

pado de los últimos tiempos merovingios, ignorante, disoluto y falto de toda autoridad moral, sucederá un episcopado mejor instruido, más penetrado de sus deberes para con la sociedad y la religión y que desempeñará un papel en las letras y en la política.

Para llegar á estos resultados fué preciso vencer no pocos obstáculos: muchos miembros del clero protestaron, habiendo sido necesario degradar á varios sacerdotes y obispos, y en cuanto á Bonifacio llovieron sobre él las injurias y las persecuciones á las que pudo sobreponerse gracias á la ayuda que le prestaron los príncipes de los francos. «Sin el patronato del príncipe de los francos, escribe á Daniel, obispo de Winchéster, no puedo gobernar al pueblo de los fieles, ni corregir á los clérigos, frailes y monjas; sin sus instrucciones, no me es dado impedir en Alemania los ritos de los paganos ni los sacrilegios de los ídolos.» Carlomán y Pipi-



Moneda de oro de Liutprando. (Museo Numismático de Berlín.)

no asistían con sus magnates á los concilios y tomaban parte en la discusión; por regla general hacían que coincidieran con las asambleas políticas y de este modo se trataban al mismo tiempo los asuntos de la Iglesia y los del Estado. En su nombre se promulgaban los decretos, dados en forma de Capitulares, y ellos eran los que ordenaban, prohibían y amenazaban. «Quienquiera que infrinja—dice el décimo canon del concilio de Soissons—este decreto que veintitrés obispos y otros sacerdotes y servidores de Dios han dictado con el consentimiento del príncipe Pipino y de los nobles francos, habrá de ser juzgado por el príncipe mismo ó por los obispos ó por los condes.»

Bonifacio seguía obrando como servidor del papado y exigía ante todo de los obispos puestos bajo sus órdenes el juramento de «conservar hasta la muerte la fe y la unidad católica y la sumisión á la Iglesia romana, á San Pedro y á su vicario.» Pipino y Carlomán, á su vez, se dirigen á menudo en consulta al papa: así empieza la alianza íntima de los príncipes francos y de la Iglesia romana.

En 748, Bonifacio había sido nombrado arzobispo de Maguncia. La creación de esta nueva sede arzobispal fué un gran acontecimiento: Maguncia iba á ser la metrópoli de la Germania convertida al cristianismo y sometida á la Iglesia de Roma. Cumplida su misión de reformador, el apóstol, á pesar de contar cerca de ochenta años, regresó á Frisia, en donde había comenzado su carrera al lado de Willibrord; cuando, acompañado sólo por algunos sacerdotes y niños, llegó á Dokkum, á orillas del Boorn, y plantó allí sus tiendas, había convertido ya millares de almas. En la mañana del día 5 de junio de 754, aquel pequeño campamento fué invadido por multitud de gentes armadas; el anciano presentóse á los invasores llevando algunas reliquias de santos, pero los paganos se apo-

deraron de él y le dieron muerte: su cuerpo, recogido por sus discípulos, fué llevado al monasterio de Fulda.

IV.—Advenimiento de los Carlovingios. Reinado de Pipino el Breve (1)

En 747, Carlomán, después de confiar sus Estados y sus hijos á Pipino, marchóse á Roma, en donde fué ordenado sacerdote por el papa Zacarías, y se retiró luego al monte Soracte, fundando allí un monasterio; pero molestado en aquel retiro por las visitas de los señores francos que por Italia viajaban, establecióse en Monte Casino, allá por el año 750. La causa de tal retraimiento fué tal vez el remordimiento que en su ánimo dejara una gran matanza de alamanes sublevados que ordenó en 746, ó quizás simplemente la seducción que en aquella época ruda ejercía sobre muchas almas la vida contemplativa.

Cuando Carlomán partió para Italia, Grippón continuaba preso en Neufchateau; Pipino, creyendo que ya nada había de temer de él, mandó ponerle en libertad, pero Grippón entonces huyó al otro lado del Rhin y sublevó á una parte de Sajonia. En 748, acosado por Pipino, trasladóse á Baviera y usurpó el ducado á Tassilón, niño de siete años, hijo del duque recientemente fallecido, Odilón. Lantfredo, duque de los alamanes, y Siudger, conde del Nordgau, declaráronse partidarios suyos, en vista de lo cual Pipino llevó á Germania un ejército numeroso. Llegado á orillas del Inn, los bávaros le ofrecen someterse, ofrecimiento que él acepta, poniendo en su ducado á Tassilón y llevándose prisioneros á Lantfredo y á Siudger (749). En cuanto á Grippón, á pesar de que Pipino le perdonó y aun le otorgó doce condados en Neustria, siguió mostrándose rebelde y después de haber intentado atraerse al duque Waifro de Aquitania disponiase á pasar los Alpes para reunirse con el rey de los lombardos, cuando murió en Saint-Jean-de-Maurienne.

En el entretanto, los reyes merovingios se eclipsaban de día en día; los cronistas dejan de ocuparse de ellos

(1) FUENTES.—Continuación de Fredegario. *Annales laurisesenses majores*, edición Kurze en los *Scriptores rerum germanicarum in usum scholarum*. Eginardo, *Vita Karoli*, 1-3. *Clausula de Pippini consecratione*, en los *Scriptores rerum merovingicarum*, tomo I, págs. 465-466. *Codex Carolinus. Vita Stephani II*, en el *Liber pontificalis*, tomo I.

OBRA DE CONSULTA.—Respecto del advenimiento de Pipino: Löbell, *De causis regni Francorum ab Merovingis ad Carolingos translati*, 1844. Pfahler, *S. Bonifacius und die Erhebung Pippins auf das fränkische Königthum*, 1879. Fustel de Coulanges, *Les Transformations de la royauté pendant l'époque carolingienne*, 1892. Contra la consulta del papa Zacarías véanse los artículos de Mury («Revue des Questions historiques», tomo II, 1867), Uhrig (Leipzig, 1875), Crampon («Memoires de l'Académie d'Amiens», 1878). Respecto del patriado de Pipino, léase Bayet, *Le voyage d'Etienne III en France* («Revue historique», tomo XX) y Freemann, *The patrician of Pippin* («English historical Review», 1889.—Acerca de las expediciones á Italia: Knaake, *Aistulf, König der Langobarden*, 1880. Hubert, *Etude sur la formation des Etats l'Eglise* («Revue historique», tomo LXIX). Duchesne, *Les premiers temps de l'Etat pontifical*, 1898. En cuanto á la Aquitania: Bladé, *Fin du premier duché d'Aquitaine* («Annales de la Faculté des lettres de Bordeaux», 1892). Drapeyron, *Essai sur le caractère de la lutte de l'Aquitaine et de l'Austrasie*, 1877.

y sólo los vemos mencionados en las cartas y en los privilegios, á pesar de lo cual esa realeza moribunda veíase aún defendida por el respeto que á sus súbditos inspiraba: «Los francos atribuían á sus cabelludos reyes un carácter sagrado y agradábales cantar las leyendas creadas en torno de la cuna de su raza.» Por esta razón, en el Campo de marzo de 743, Carlomán y Pipino dieron el título de rey á un merovingio, Childerico III, en cuyo nombre gobernaron juntos. Este fué el último homenaje rendido á la antigua dinastía por la familia que iba á sucederle.

En 751 la paz reinaba desde hacía dos años, y Pipino era el único señor del Estado; entonces se realizó la revolución. En aquella fecha el hijo de Carlos Martel tenía treinta y siete años y era un verdadero hijo de la Iglesia: bautizado por Willibrord y ahijado de Raganfredo, el futuro arzobispo de Ruán, había recibido en el monasterio de Saint-Denis, al que después colmó de beneficios, una educación que al parecer había dejado en él cierta afición á las letras sagradas y profanas, como lo prueba el hecho de haber enviado á buscar á Roma libros griegos (lo que no quiere decir que conociera esta lengua), una geometría y tratados de Aristóteles. Había demostrado su adhesión á la Iglesia colaborando en la reforma dirigida por Bonifacio; jefe de los guerreros al mismo tiempo que protector de los obispos, era verdaderamente el rey, y un diploma de 742 le llama «aquel á quien el Señor ha confiado el cuidado de gobernar.»

Pepino, que, según parece, era un hábil político, temeroso de provocar resistencias si usurpaba la corona de los Merovingios, preparó con gran prudencia el advenimiento de la segunda dinastía. «Previos el consejo y el consentimiento de todos los francos,» una embajada compuesta de Fulrado, abad de Saint-Denis, y de Burchardo, obispo de Wurgburgo y uno de los discípulos de San Bonifacio, se presentó al papa Zacarías para consultarle «acerca de los reyes que entonces existían entre los francos y que ostentaban el nombre de rey sin tener la autoridad real.» Zacarías, griego de Sicilia, que era también un político sagaz y que sabía los servicios que los príncipes francos habían prestado y podían prestar todavía á la Iglesia romana, contestó que «valía más llamar rey á quien tenía el poder que á quien se hallaba desprovisto de él.» Y dice un analista que «para que no se turbara el orden mandó, en virtud de su autoridad apostólica, que Pipino fuese nombrado rey.»

Es poco probable que el papa diera tal orden, y es más de creer que se contentara con responder á la consulta tal como le había sido formulada. Pipino, en cuanto hubo recibido aquel parecer favorable, convocó una asamblea del pueblo franco en Soissons, y en noviembre de 751, «por la elección de todos los francos, por la consagración de los obispos y por la sumisión de los magnates, fué elevado al trono, junto con su esposa Bertrada.» Childerico III y su hijo Thierry fueron rasureados y enviados el uno al monasterio de Saint-Bertin y el otro á Saint-Wandrille, desapareciendo con ellos los Merovingios. Bonifacio, rodeado de los demás obispos y de los «sacerdotes de las Galias,» había tal vez representado en la asamblea de Soissons á la Santa Sede y consagrado al rey y á la reina.

El nuevo monarca demostró su gratitud á la Iglesia

TRANSCRIPCIÓN DEL FACSIMILE DE UNA SENTENCIA DICTADA POR PIPINO EL BREVE EN 20 DE JUNIO DE 750

(PARÍS, ARCHIVO NACIONAL, K. 4, NÚMERO 7)

Cum resedisset inluster uir pippinus maiorem domus attiniaco in palacio publico ad uniuersorum causas audiendum uel recta iudicia termemandum ibique ueniens fulradus abba de monasterio sancti domni dionisii ubi ipsi preciosus dominus in corpore requiescit aduocato ragane abbatissa nomine legitimo interpellabat repetebat ei eo quod ipsa ragana uel agentis monasterii sui septemolas res sancti dionisii post se malo ordine retenebat iniuste in loco qui dicitur curbrius in pago tellau quem chairebaldus et coniux sua aillerta per eorum testamentum ad casa sancti dionisii condonarunt sed ipsi legitimus ibidem ostendebat cartas de nomine francane qualiter ipsas res ad septemolas condonassit unde et nos acc causa pro ueritate inuestiuimus quod ipsas ad casa sancti dionisii aderant et ipsi legitimus nulla habuit quod contra ipsa instrumenta sancti dionisii dicere aut obponere dibuissit unde et de menta in omnibus ueraces esse dixit et postea per suo uuadio ipsi fulrado abbat de ipsas res in curborio per suo uuadio in causa sancti dionisii uisus fuit reuestisse et per suo fistugo sibi exinde dixit esse exitum tam pro se quam pro ipsius raganam abbatissa uel agentis monasterii sui septemolas proinde nos fidelibus nostris id sunt nibulfo dadone diddone chagnerico braicone et uineram qui in uiccomete palate nostro adistare uidebantur uel relicus quam pluris uisi fuemus iudicasse ut dum ipsi legitimo aduocata ragane abbatissa de monasterio septemolas in presente adistabat et nulla potuit tradere rationis per quid ipsas res sancti dionisii in curborio ipsa ragana aut agentis sui habere dibuissit et de presente fulrado abbat exinde per suo uuadio uisus fuit reuestisse et per suo fistugo sibi exinde dixit esse exitum Propterea iobemus ut dum ac causa sic acta uel perpetrata fuit ipsi fulradus abba uel casa sancti dionisii seo successoris sui ipsas res in curborio de quantum quod chairebaldus et coniux sua aillerta per eorum instrumentum manas postestadiuas ad casa sancti dionisii condonarunt contra ipsa raganane abbatissa uel agentis monasterii sui septemolas uel in contra ipsius legitimo seo successoris corum habit euindicatus adque elidiatas et sin inter eos in postmo dum ex ac remeque tempore subita causacio

✠ Uuineramus recognouit et subscripsit

datum quod fecit mensis iunius dies uiginti annum nono childerico rege